

INTRODUCCIÓN

UNA PRESENCIA RELEVANTE

Desde hace algo más de una década, ha habido una suerte de *revival* de nuestro pasado reciente. Más concretamente, se ha regresado a menudo sobre el proceso de transición a la democracia, complementando, eso sí, el otrora relato encomiástico sobre un exitoso proceso de cambio político, con uno de tintes eminentemente críticos, tendente a ver en aquel la fuente de no pocos males del presente. Tanto si se considera el régimen producto de la transición como, por un lado, el *non plus ultra*, o, en sentido contrario, como uno aquejado de múltiples problemáticas que hundan sus raíces en su genealogía, ambas visiones soslayan, o cuando menos diluyen, la perspectiva según la cual la construcción de la democracia constituye un proceso contingente e inacabado. Un proceso, en definitiva, en el que la sociedad española lleva cuatro décadas inmersa, longevidad que constituye un auténtico hito en nuestra historia constitucional. La consecuencia lógica de esta aseveración comportaría necesariamente, como ya se ha comenzado a hacer, la superación de las cronologías clásicas que acotaban el proceso de cambio político.

El triunfo arrollador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en octubre de 1982 marca el final del proceso de transición *stricto sensu* en la recién aludida cronología clásica, por cuanto permitió la primera alternancia en nuestra jovencísima historia democrática. Alternancia que, además, vino de la mano de una opción política que remitía al único periodo democrático previo al recién inaugurado: la Segunda República. Con este cambio arrancó una década de transformación social, económica, política y cultural al menos tan relevante para entender nuestro presente como lo fue el proceso que condujo a la ruptura legal con la dictadura franquista.

Aprehender estas transformaciones comporta necesariamente adentrarnos en la década de los ochenta; decenio que podríamos calificar de largo no solo porque arrancararía con la aprobación de la ley fundamental a finales de 1978, sino, sobre todo, por cuanto de alguna manera terminaría con el inicio de la lenta crisis del partido en el Gobierno desde su acceso al poder en 1982 (comicios que,

por lo demás, implicaron la reconfiguración del sistema de partidos de la Transición). En efecto, las elecciones de mediados de 1993 atestiguaron quizá no tanto una espectacular disminución del apoyo electoral al PSOE, como la movilización del hartazgo y los anhelos de un nuevo cambio después de las legislaturas bajo los sucesivos gabinetes presididos por Felipe González. Apreciables estos en su flanco izquierdo con el crecimiento del espacio político de la Izquierda Unida (IU) de Julio Anguita, así como por el derecho, con la concentración del voto conservador en un Partido Popular (PP) en claro ascenso bajo el liderazgo de José María Aznar; primeros síntomas políticos, en fin, de un desgaste que hasta entonces había tenido su espacio privilegiado en la movilización social y sindical (Soto, 2013). Esta última, cabe señalar, con más capacidad de erosión que de avance de sus propuestas alternativas.

La década de los ochenta no ha gozado de buena prensa. A menudo calificada como de “resaca” de la Transición, en ella transcurriría la tendencia descendente de una corta parábola cuyo vértice se encontraría en los primeros años del cambio de régimen, un momento de eclosión de la imaginación política y de excepcional movilización social. Con el cambio de década daría comienzo una, por ponerlo en palabras de Eduardo Haro Ibars, “época sin héroes” (Labrador, 2017: 41). Un tiempo en el que, esta vez de la mano de Chirbes, la práctica de los sucesivos Ejecutivos socialistas se convirtió en una suerte de “antiépica” (2006: 243). Arrancaba, en fin, el *mientras tanto*; un periodo caracterizado por los “fenómenos llamativos de disgregación cultural que culminan en una exacerbación de la insolidaridad individualista”¹ en el que se aplazaba, *sine die*, cualquier perspectiva de transformación profunda de la sociedad. La revolución perdía la actualidad que aún conservaba en la década precedente, convertida, ahora, en un horizonte utópico; fragmentación social, crisis y desempleo, moderación política, *ethos* individualista y políticas neoliberales serían algunos de los ingredientes principales de unos años a menudo asociados a la frivolidad, el enriquecimiento rápido, los *yuppies*, la *beautiful people* y unos Gobiernos de un PSOE que terminarían por desarrollar —con los riesgos implícitos para la democracia que ello comportaba— una visión cada vez más patrimonialista del Estado.

Ahora bien, algunas partes de este imaginario han sido de construcción reciente, alimentadas por cierto determinismo retrospectivo. Tan cierto es afirmar que la movilización social durante los inicios de la Transición no tuvo parangón, como constatar su carácter absolutamente excepcional, también en términos comparativos. Constatar sus límites manifiestos, sin embargo, a menudo ha comportado la total evanescencia de la conflictividad social a la hora de aprehender el devenir de la sociedad española en los años ochenta. Una sociedad en la que, asentado el Estado de partidos, se habría reducido a la mínima expresión el papel de la movilización, totalmente inane ante el rodillo parlamentario socialista, la grave crisis y la transformación del mundo del trabajo en clave posfordista en marcha. Estos procesos habrían

1. “Editorial”, *Mientras tanto*, 1, 1979, p. 5.

redundado, además, en una crisis política de la izquierda de la mano del repliegue estratégico del movimiento obrero y del creciente cuestionamiento de su agencia política. Un fenómeno internacional que atestiguaba, como se ha señalado recientemente, el ocaso del siglo de la clase obrera (Todd, 2015). Si bien comparto buena parte de estos análisis, considero que se ha tendido a limitar en exceso el impacto de la acción colectiva en general —y la sindical en particular— en dicho periodo.

Como correlato lógico de este proceso de pérdida del protagonismo del movimiento obrero, el interés por su estudio ha corrido la misma suerte en la historiografía española y europea. Algunos autores han relacionado el fenómeno de crisis general de la crítica social como síntoma y a la vez causa del fenómeno de la desindicalización (Boltanski y Chiapello, 2002: 364). Fenómeno que, por descontado, no se produjo de forma homogénea en los países de Europa occidental, sobre todo por cuanto a los diferentes puntos de partida. En este sentido, por ejemplo, si el sindicalismo francés hubo de encarar los nuevos retos después de tres décadas de pacto social keynesiano, consolidado organizativa e institucionalmente y legitimado socialmente, por razones obvias, este no fue el caso para sus homólogos al sur de los Pirineos.

Sea como fuere, precisamente en el contexto de un repunte de la conflictividad social y laboral a caballo entre los años ochenta y noventa, se produjeron en nuestro país una serie de investigaciones que trataron de impugnar el relato de una transición “otorgada”, destacando el papel central como vector del cambio político de los movimientos sociales y, más concretamente, del movimiento obrero-sindical clandestino. Esta empresa, que cuestionaba la construcción del relato normativo de la Transición, conectaba con las percepciones sociales existentes al poco de haber culminado esta. Sirva de muestra el hecho de que a mediados de la década de los ochenta, en una encuesta del CIS con motivo de séptimo aniversario de la Constitución, un 55% de los encuestados respondían que Suárez se había visto obligado por “las fuerzas políticas y la presión de la calle” a transitar hacia la democracia, con un movimiento obrero como principal actor colectivo, con un papel muy o bastante importante para casi el 61% de la población. Poner en valor la contestación social también pretendía cuestionar los resabios teleológicos de las narrativas que se centraban en la modernización económica y social del desarrollismo franquista de la que la democracia parlamentaria no era más que el lógico colofón. Esta perspectiva, que poco tenía que envidiar a las versiones más mecanicistas de la vulgata marxista, al sustraer el protagonismo popular, tenía evidentes implicaciones políticas, resultando hegemónica más allá de los ámbitos estrictamente académicos.

La percepción de la importancia de esta contribución del movimiento obrero pervive en la actualidad, no así sin embargo su centralidad; justo al contrario que la satisfacción con respecto al proceso de Transición, que ha experimentado un retroceso de casi 20 puntos desde 1985. Con todo, últimamente se ha producido

lo que parece un todavía incipiente y nuevo proceso de revalorización social de las organizaciones sindicales en el contexto del cambio político y más allá. Este ha concernido especialmente a CC OO, central que no se ha dudado en calificar como “la más genuina construcción social del pueblo español durante el franquismo” (Juliana, 2020: 91). Papel social del sindicalismo que, como consecuencia del aumento de las desigualdades en el presente, se proyecta también hacia el futuro; y no solo en nuestro país, sino más allá de nuestras fronteras².

La reconsideración actual del papel del sindicalismo, más allá del proceso de cambio político, también se ha adentrado en la denostada década que nos ocupa. En este sentido, la contribución del movimiento sindical habría resultado fundamental no solo a efectos de contener el aumento de la precariedad laboral, sino por su contribución a que, a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, se dieran los índices más bajos de desigualdad y pobreza relativa registrados (Rendueles, 2020: 116). En efecto, como señalara un observador coetáneo, los sindicatos trataban de “parar los golpes”, defendiendo a los trabajadores en sus puestos de trabajo, fueran estos precarios o no, pero también como parados o pensionistas (Tuñón de Lara, 1993: 518). Lo cierto es que, además de este papel de dique de contención, desarrollado de forma clara al menos hasta mediados de los noventa e incluso más allá, los sindicatos, pero sobre todo CC OO, encarnaron el baluarte de una suerte de economía política popular en tiempos de negación de cualquier alternativa posible. Resistencia y alternativa fueron las dos caras de la misma moneda de una lucha protagonizada por “sindicalistas de raza”, por rescatar el apelativo utilizado por una de las voces protagonistas del documental *El año del descubrimiento* (2020).

En las páginas que siguen he tratado de realizar una aproximación a la historia, durante la década de los ochenta, de la que a día de hoy sigue siendo la organización social más grande de nuestro país, Comisiones Obreras. Periodo en el que lucha reivindicativa y la construcción y consolidación orgánica transcurrieron en paralelo. Aunque la confederación sindical hubo de enfrentar una serie de cambios profundos a menudo con una mano atada a la espalda, la presencia de esta resulta un factor de primer orden tanto para capturar el periodo señalado y su proyección sobre nuestro presente como para contribuir a cuestionar la imagen según la cual, parafraseando a Felipe González, esta es “una sociedad perezosa, a la que hay que azuzar para que se movilice”³.

Llegados a este punto, es necesario explicitar las deudas contraídas en el desarrollo del presente trabajo. A riesgo de dejarme algún nombre, lo haré a título

2. Véase al respecto la Resolución del Parlamento Europeo, de 10 de febrero de 2021, sobre la reducción de las desigualdades, con especial atención a la pobreza de los trabajadores (2019/2188 INI).

3. Declaraciones ante la Comisión Ejecutiva Federal del 16 de diciembre de 1992, recogidas en la carta de Joaquín Almunia a Felipe González del 18 de diciembre de 1992, AFFG, Correspondencia, sig. FER0044752.

colectivo. En primer lugar, me gustaría dar las gracias a los y las integrantes del Grup de Recerca sobre l'Època Franquista i del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (GREF-CEDID) de la Universitat Autònoma de Barcelona por acogerme en su seno como investigador y por poder completar mi proyecto de doctorado, del cual las páginas que siguen constituyen una parte. En especial a Pere Ysàs por su dirección y apoyo. Asimismo, quiero agradecer a la Fundación Cipriano García y la 1º de Mayo, y en especial a José Babiano y Javier Tébar, su apoyo y confianza.

Agradezco a familia, amigos y amigas el acompañamiento en este viaje, especialmente a los que, además, son compañeros de gremio y cargan con las mismas vicisitudes. No me atrevo a relacionar nombres, son muchos y resultaría imperdonable olvidar alguno. Finalmente, quiero agradecer la paciencia infinita de estos años a Laia, quien riega cada día el verde y áureo árbol de la vida.